



Rutaturística por la Tarazona misteriosa

(curiosidades y leyendas)

Rutaturística (curiosidades y leyendas) por la Tarazona misteriosa



©

1ª edición

Registro General de la Propiedad Intelectual nº 10/2012/379

ISBN: 978-84-695-4564-5

Edita: Comarca de Tarazona y Moncayo

Plan de Competitividad Turística de la

Comarca de Tarazona y el Moncayo.

Texto: Jesús Ángel Arcega Morales

Fotografía: Toño Martínez Andía

Diseño: Marisa Tartera Bieto

Imprenta: RotoAtlantica

BI-1447/2012

*A toda mi familia, especialmente a mis padres, a Susana y Marcos,
a Chorsche, Daniel, Lorena y Leyre.
y ta o mío chirmán que o suyo corazón ye cuatribarrau.
A la tropa intergaláctica, en especial a Lolo (Javier), Juan, Blanca y Toño.
A la comunidad educativa del IES Tubalcaín.*

Jesús



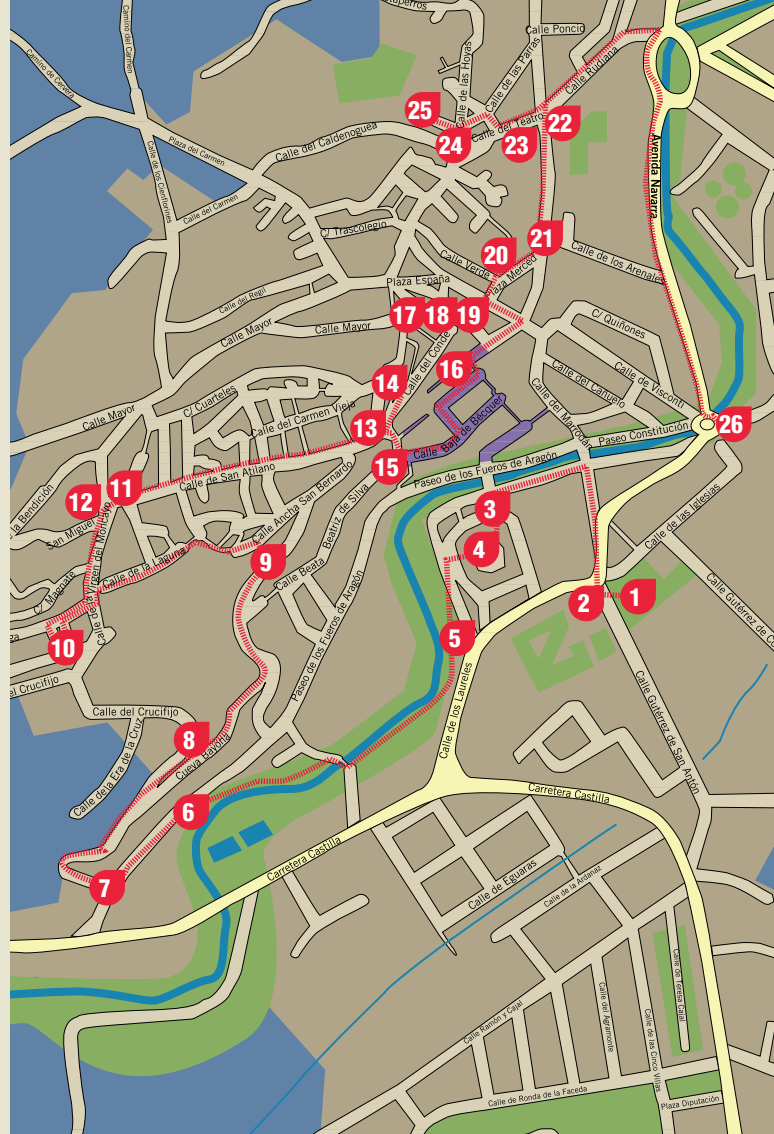
Querido viajero, Tarazona está emplazada en las faldas de la mágica montaña del Moncayo y su parque natural, y cerca del misterioso Monasterio de Veruela. La ciudad cuenta con más de dos mil años de historia, que hacen que las piedras que forman los edificios de la ciudad y las aguas que fluyen por sus fuentes y por el cauce del río Queiles escondan historias asombrosas, unas, leyendas que tienen más de maravillosas que de históricas, otras tan auténticas como la existencia de las tres culturas (cristiana, árabe y judía) en la urbe turiasonense.

Acaricia cada piedra que vas a encontrar en esta ruta. Respira las aguas sagradas que discurren por estas tierras legendarias. Deja que sean ellas, que han sido testigo de la historia de Tarazona, las que te narren sus vivencias, y permite que sea este libro el que te sirva de traductor entre ellas y tú.

Si te dejas acompañar de la magia, escucharás a Irene llorando por la marcha de su amado, el hacha del verdugo golpeando sobre la piedra sesgando la cabeza del reo, el recitar cadencioso de Bécquer o los cascos del corcel blanco de Felipe II. Podrás oler el incienso de las hermanas concepcionistas, el comino en el barrio judío, la cera quemada del Corral de comedias de la Almedora o la putrefacción del empaste de alguna bruja... Adéntrate en el misterio.

Jesús Ángel Arcega Morales

- ## Plano de Situación





Antes de comenzar a andar, no esta de más conocer que el propio escudo de la ciudad de Tarazona esconde historias legendarias.

El escudo de armas presenta un escudo de oro con un castillo de tres torres de su color natural; del torreón central salen unos sarmientos entrecruzados con racimos de uvas también de su color, sobre el castillo una flor de lis de oro y al pie de la flor mismo, el título de «Victrix» en una pequeña cartela; a ambos lados de éste hay dos escudetes de oro con las barras de gules de Aragón dispuestas en faja. Lleva bordara de plata con la leyenda “Turiaso, Tubalcain me aedificavit, Hercules me reaedicavit”.

El castillo de oro representa el carácter ciudadano de la localidad, y las barras de gules indican, claro está, la Señal Real de Aragón que se incorporarían por primera vez en 1534. Como recompensa por los servicios prestados durante la Guerra de Sucesión, Felipe V concede en 1707 el título de “Ciudad Vencedora” (Victrix) y la facultad de añadir la flor de lis, símbolo borbónico.

En cuanto al lema “Tubalcain me aedificavit, Hercules me reaedicavit”, queda clara la referencia heraclida. Según rezan los cronicones Tarazona fue asolada por un viento extremadamente cálido, derritiendo incluso las nieves perpetuas del Moncayo. El agua del deshielo inundó la ciudad y la destrozó por completo, siendo el propio Hércules quien la reedificó.



Pero queda sin esclarecer si la fundación de la ciudad turiasonense se refiere a Túbal Caín el nieto de Noé, posterior por tanto al diluvio, o Túbal Japhet hijo de Lamech y de Sella, anterior a la inundación.

Al Túbal anterior al diluvio hace referencia el Génesis IV, 22 ; señalando que fue creador y forjador del hierro y del bronce, distinguiéndose por su fuerza y sus hazañas guerreras. Teniendo en cuenta la riqueza del Moncayo en hierro, el historiador Argaiz defiende la teoría de este personaje antediluviano.

Sanz Artibucilla, por el contrario, defiende al Tubal posterior al diluvio, alejando la fundación de la ciudad de la rama maldita caínista.

No obstante, parece que prevalece en el escudo la teoría de que a mayor antigüedad, mayor prestigio.

Finalmente los sarmientos aparecen en el escudo de la ciudad del Queiles puesto que cuenta la leyenda que allá por el año 1800 a.C. asoló una sequía a la Península Ibérica, quedando secos todos sus ríos excepto el Guadalquivir y el Ebro. La tierra quedó totalmente yerma, pero en el lugar en el que está hoy el ojo de San Juan, consiguió resistir una vid que permitió repoblar todos los viñedos ibéricos.



Nuestra ruta debe comenzar en la Catedral de Nuestra Señora de la Huerta, anteriormente de la Hidria (pieza de cerámica de la Antigua Grecia usada para transportar agua), puesto que la imagen de la virgen llevaba ese cántaro, ya que está considerada “la Capilla Sixtina del Renacimiento aragonés”. El inicio de la construcción del templo data de mediados del siglo XII y fue consagrada en 1232 en estilo gótico clásico francés. En el siglo XIV fue en gran parte destruida a causa de la llamada Guerra de los dos Pedros, comenzando poco después la reconstrucción de las naves en estilo gótico y mudéjar e incluyó también las capillas laterales, lienzos exteriores, el cimborrio y la torre. De este modo, la planta general es la de un templo gótico (cabecera y naves) así como arcos, arbotantes y contrafuertes, pero el cimborrio y la torre-campanario son gótico-mudéjares, mientras, el tramo central del crucero pertenece ya a la arquitectura renacentista

**Nuestra Señora de la Huerta,
la catedral de los extramuros**

1





La Catedral fue emplazada fuera de los muros de la ciudad medieval, lo que es muy infrecuente. Podría ser debido al hecho de haber aprovechado la localización de una antigua iglesia mozárabe, que, como templo cristiano, se situaba fuera de la medina de la ciudad árabe al otro lado del río.

El templo, así pues, esconde secretos desde hace más de ochocientos años. Entre sus reliquias destacan una espina que coronó la cabeza de Cristo en su crucifixión. No se conoce a ciencia cierta sus orígenes, pero parece ser que Luis IX de Francia, también conocido como San Luís, donó tres espinas a la localidad vecina de Ágreda, debido a su ascendencia. Era hijo de Blanca de Castilla, nieto de Alfonso VIII y sobrino, por lo tanto, de Leonor, la que se casó en Ágreda el día 6 de febrero de 1221, seguramente en la iglesia de Nuestra Señora de la Peña. Pero en 1895, el Obispo de Tarazona, Juan Soldevilla y Romero, aprovechó una visita al municipio soriano para requerir una espina, llevándosela a Tarazona.

El 7 de febrero de 1221, el día después de su boda con Leonor de Castilla y Plantagenet, Jaime I de Aragón se armaría caballero en el ara de piedra de esta catedral, ciñéndose él mismo la espada dijo: *“Nuestro Señor Dios y el Señor Santiago me haga buen caballero”*, velando armas en el altar mayor con tan solo trece años.

Se conserva también en la catedral el hueso del brazo derecho de San Atilano, traído desde Zamora, lugar en el que se conservan los restos del patrón de Tarazona. Siendo obispo decidió peregrinar a Jerusalén para expurgar sus pecados, arrojando en un gesto de fe su anillo obispal al río Duero, con la esperanza de recuperarlo en el caso de que fuese perdonado, lo cual sucedió, algún tiempo después, cuando preparando unos peces para la cena encontró su anillo en uno de ellos. A su regreso a Tarazona, las campanas de la torre catedralicia repicaron sin que mano humana las voltease.

“No vuelvo a poner los pies aquí” dijo el obispo Juan de Munébrega a finales del siglo XVI al ver las figuras desnudas del cimborrio, y según las crónicas, lo cumplió. Las grisallas de Alfonso González ofendieron al eclesiástico de tal manera que mando cubrir las carnes de esas figuras, no en vano, el obispo era inquisidor. El descubrimiento de éstas, tras la restauración llevada a cabo en el templo, han descubierto un caso único en Europa de representación inspirada en el neoplatonismo en una iglesia. El artista pintó desnudos a personajes bíblicos como Adán y Eva, Safira y el casto José, Judit y Holofernes, y el arcángel Rafael y Tobías. Lo extraordinario es que incluyera también imágenes del mundo clásico como Dido y Eneas, Apolo y Venus, Periandro y Baco, y que emparejara en representación de la fortaleza al bíblico David con el pagano Hércules. Por encima de estas figuras, además, incluyó en unos tondos los bustos de otras parejas famosas: Cleopatra y César, Popea y Nerón, Helena y Paris, Ulises y Penélope, Faustina y Marco Aurelio, Asuero y Ester, Medusa y Perseo, y Ciro y Tomiris.



Las catedrales eran libros abiertos para la gente iletrada. Tras la restauración, han aparecido en el transagrario dos pinturas que pertenecen a los bestiarios medievales. La de la derecha representa una terrible mantícora, animal de la mitología griega, de gran fortaleza, posee la cabeza de un hombre, el cuerpo de león y cola de escorpión, por la que lanza púas a sus enemigos. Esta mantícora representa al pecado, a las cosas negativas. A la izquierda aparece un ibis, con aspecto semejante a las cigüeñas. Siguiendo las creencias mitológicas, si un ibis construía su nido sobre el agua simbolizaba a Dios, y no hemos de olvidar que la catedral de Tarazona se construye sobre una huerta muy cercana al agua de una acequia.

**Nuestra Señora de la Huerta,
la catedral de los extramuros**

1





A la derecha de la catedral se levanta el Palacio de Egurás, obra del siglo XVI.

A principios del siglo XIX habitaban el palacio los descendientes de Antonio Egurás, primer propietario del edificio, Augusto, su mujer Estefanía y sus cuatro hijos. La felicidad y la armonía reinaban por entonces en el palacio. Además la hija mayor del matrimonio, que contaba por entonces con diecinueve años era muy bella y era querida por todos los vecinos de la ciudad. Fiel al recato de la época salía poco y cuando lo hacía era siempre con su dama de compañía. Últimamente, sus salidas se reducían a las ceremonias religiosas y la tienda de ultramarinos del señor Álvarez, a comprar los nuevos productos y sobre todo para charlar con Andrés, el hijo mayor del dueño, un joven apuesto e inteligente. Ambos jóvenes habían quedado prendados el uno del otro y aunque su amor aún lo mantenían en secreto, sus miradas les delataban, lo cual era bienvenido por las familias y vecinos.

Esta armonía y tranquilidad se vio rota en el invierno de 1808, cuando el ejército francés tomó Tarazona, ocupando sus edificios más notables, convirtiendo la catedral en centro logístico. Los oficiales se alojaron en el Palacio de Egurás y entre ellos había un joven y ardoroso oficial que pronto quedó rendido ante la belleza de Irene. El oficial francés comenzó a colmarla de regalos que ella siempre abandonaba en cualquier lugar. Irene repudiaba al militar, pues sus ojos solo se fijaban en Andrés.





El soldado francés, percatándose de la situación, urdió un complot en el que acusó a Andrés de pertenecer a la resistencia antifrancesa. Andrés fue juzgado y condenado, deportándolo a una cárcel del sur de Francia.

Alejado su contrincante, el oficial francés pidió la mano de Irene a Augusto, su padre. Pero Irene rota por el dolor que supuso la separación de su amado, al enterarse de la noticia se arrojó por la ventana de su habitación, cayendo mortalmente sobre el adoquinado de la calle de Los Laureles. Todo el vecindario quedó conmocionado. A partir de ese momento, comenzaron a ocurrir cosas misteriosas en el palacio. Los caballos se espantaban sin motivo aparente, la habitación de Irene aparecía desordenada y con las ventanas abiertas.

Una fría madrugada el oficial francés apareció degollado bajo el Arco de Santa Ana. Nadie supo quien lo mató, y se corrió el rumor de que se había suicidado.

Casi al final de la ocupación francesa, Andrés consiguió escapar, escondiéndose en la Venta de la Libra, donde los propietarios, grandes amigos de su familia, lo escondieron hasta el fin de la guerra. Allí conoció todo lo que había ocurrido con su prometida y con el francés. Al final de la guerra, tornó a su negocio y rehizo su vida.

No se casó, pues su amor por Irene fue eterno hasta su muerte. Durante toda su vida, Irene permaneció en su memoria y en múltiples ocasiones sintió la presencia de la joven.

Si paseando por la calle de los Laureles sientes alguna presencia extraña, puede ser que sea Irene.





Buscando la orilla derecha del río Queiles y remontando su cauce por el Paseo Constitución, llegamos al Santuario de la Virgen del Río, de estilo Barroco, fue edificado entre 1667 y 1672, siendo erigido gracias al fervor popular y las limosnas de los fieles para buscar acomodo a la imagen de la Virgen recién encontrada, escondida bajo tierra para evitar el ultraje de los “infeles árabes”.

El 27 de noviembre de 1667, un obrero realizando labores de reconstrucción de un muro de contención del río, dañado por una riada, encontró una cabeza de piedra de la imagen de la Virgen. Pese a su mal estado de conservación, las gentes decidieron adecentarla y colocarla sobre la talla de una imagen de la Virgen. Además, se decidió levantar un Santuario que llevaría el nombre de la Virgen del Río. Ante la imposibilidad de erigirlo en el mismo punto en que fue encontrada, por problemas de espacio, se resolvió construirlo justo en la orilla opuesta del río Queiles.





La Virgen del Queiles



El edificio colindante al Santuario de la Virgen del Río es la plaza de toros vieja de Tarazona, que data de 1792, siendo el segundo coso taurino conservado, más antiguo de Aragón tras la de Zaragoza (1764) y de las más vetustas del mundo.

Fue construida en el llamado Prado del Río por iniciativa de la Corporación municipal, el Gremio de labradores y algunos particulares. Tiene planta octogonal, con viviendas desde su origen hasta hoy.

El acceso al ruedo se realizaba por medio de cuatro puertas; la del Sur era la de las cuadrillas, la del Norte llevaba al desolladero, la del Oeste comunicaba con los toriles y la del Este servía de entrada para el público.

Se tiene constancia de que en ella lidiaron toreros de renombre, entre ellos, Francisco Arjona “Cúchares” y en 1800 se celebraron corridas de 12 toros por concesión de Carlos IV. Fue coso taurino permanente hasta 1870.





El rey de Aragón Pedro III dio una recepción en Tarazona en 1282, con el fin de agasajar a los embajadores que habían ido a apalabrar la boda de su hija, la futura Santa Isabel con el rey de Portugal, Dionis. Hasta aquí acudió con su mujer, la reina Constanza y el séquito de ésta, entre el que se encontraba su joven paje Manfredo, siciliano de nacimiento. A dicha recepción fueron también invitadas las familias turiasonenses más notables. Entre los asistentes destacaba la belleza de la hija de un caballero turiasonense llamada Clara.

Entre Clara y Manfredo enseguida surgió un apasionado amor y todos los días se encontraban en una fuente situada en el olmedo de la ribera del Queiles. Y rompiendo las leyes no escritas del recato de la época, consumaron su amor en una noche de lujuria y frenesí.

El séquito de la reina debía abandonar la ciudad de Tarazona, pero antes Manfredo dio palabra de casamiento a Clara.

La relación entre Clara y Manfredo se mantuvo viva epistolarmente, pero poco a poco la llama del amor en el muchacho se fue apagando.

En 1283 Pedro III de Aragón convocó cortés en Tarazona, acudiendo de nuevo con la reina y su séquito. Clara conoció con alegría la visita real, pues volvería a ver a su amado Manfredo. Pero éste rehusó cualquier encuentro con Clara.

Clara pidió audiencia con la reina Constanza para contar lo sucedido, quedando ésta como intercesora ante Manfredo. Todo fue en vano, puesto que Manfredo recordó a la reina que por su origen siciliano no podía llevar al altar a una de sus mancebas.

Clara enterada de la decisión de Manfredo, citó al paje real en el olmedo, donde antes solían festejar su amor. El siciliano acudió decidido, pensando en un final amistoso. No obstante, Clara nada más verle, le recordó su promesa de matrimonio y ante una nueva negativa por parte de Manfredo, sacó una daga que llevaba escondida clavándosela al paje justo en su corazón.

Clara huyó de Aragón, recluyéndose para siempre en un convento de Clarisas, recordando hasta su muerte a su amado Manfredo.

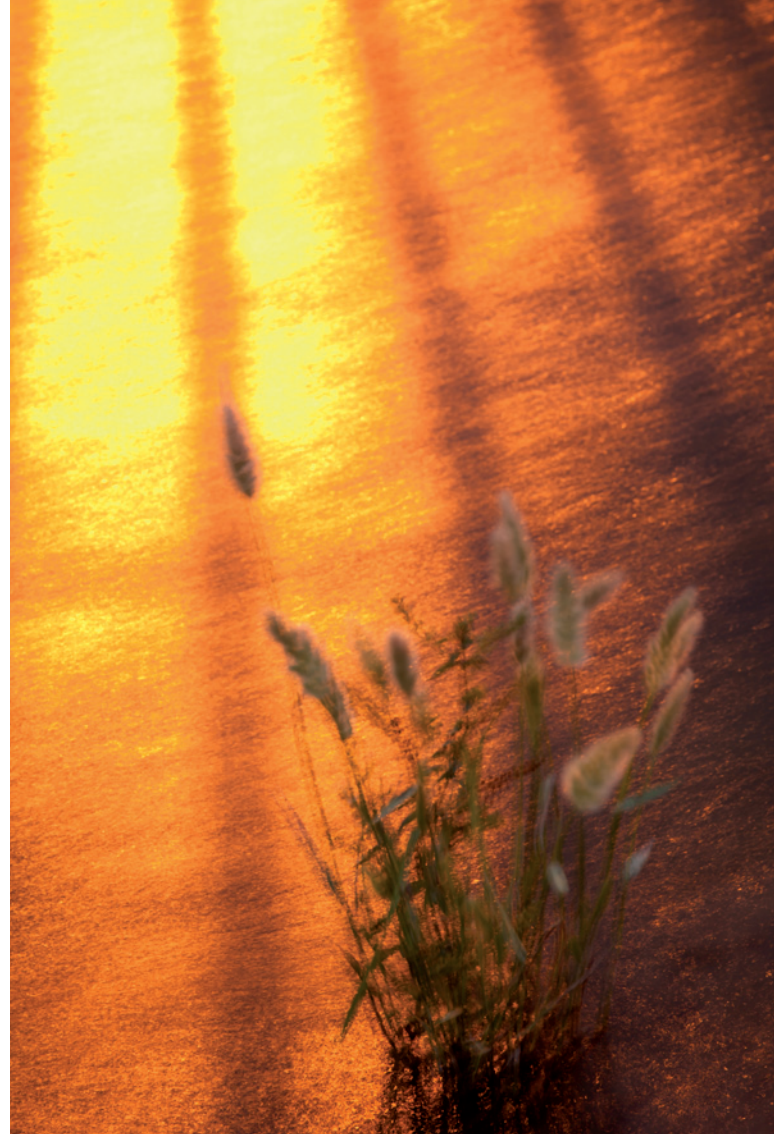


Subiendo el cauce del río por la margen izquierda alcanzamos una escalera de hierro que salva los ocho metros de desnivel entre el Queiles y el nacedero del ojo de San Juan.

No hace mucho tiempo que se descubrieron restos de un santuario romano dedicado a la ninfa Silbis, donde ahora se encuentra el colegio Joaquín Costa. En Tarazona el agua tuvo un papel relevante, no en vano, la relación con ésta se perpetúa a lo largo de la historia en diferentes manifestaciones: la Virgen del Río. Nuestra Señora de la Hidria...y antes que ellas, la ninfa del Queiles, Silbis.

Silbis era la diosa de la salud y se le consagraban grandes sacrificios de animales para venerarla. Son conocidos los efectos salutíferos del agua fría o caliente que se aprovecharon en el mundo romano, como método terapéutico. La temperatura de este santuario acuático oscilaría entre los quince y diecisiete grados centígrados, por lo que se les puede considerar aguas frías. El mismo emperador Augusto se benefició de las aplicaciones de esta agua tarazonense para paliar su enfermedad.

El santuario, la piscina y las termas serían abastecidos por este nacedero del ojo de San Juan. Este manantial nunca está seco, por lo que a lo largo de la historia siempre se ha considerado una fuente santa, poseyendo una tradición mágica y curativa, especialmente en la noche de San Juan. Cuenta una leyenda que este nacedero es la puerta oculta de una laguna subterránea escondida bajo el Moncayo y la cordillera Ibérica que se extiende hasta tierras castellanas.





En dirección opuesta al templo de San Juan encontramos El Crucifijo o Humilladero de Tarazona, que es una edificación en forma de templete octogonal que alberga un crucifijo sobre una columna de piedra. Se han encontrado documentos del siglo XVI donde ya se menciona, aunque ha sufrido diversas reconstrucciones a lo largo de los siglos XVI y XVII. Actualmente es el punto de partida de la Romería del Quililay que tiene lugar el primer domingo de julio y se dirige al Santuario de Nuestra Señora del Moncayo. En el camino se recogen hojas de acebo para la protección de las casas. Antes se regresaba a la ciudad para ser recibidos, en la cruz de término, por el Ayuntamiento y un gran gentío, formándose una procesión encabezada por la cruz alzada y dos portacirios llamados «cierzo» y «regañón», los vientos predominantes en la comarca.

El desfile se acompaña con una música monótona de tambor y clarín, deduciéndose de su onomatopeya el nombre de «quililay, lay, lay...» que se ha dado a la romería, según atestigua la Gran Enciclopedia Aragonesa.

De la Virgen del Moncayo se afirma que fue llevada a Tarazona después de su aparición, pero inexplicablemente la imagen volvió al lugar donde fue encontrada, por lo que se entendió que la Virgen quería que se edificase un santuario allí, como así se hizo. Se dice que da a salud a los enfermos y libra del demonio a los posesos.

En la misma ermita de Nuestra Señora del Moncayo se venera a Nuestra Señora de la Haya. Cuenta la leyenda que un pastor yendo con su ganado encontró la imagen de la Virgen y la llevó a su casa. Otro día en ausencia del pastor, su mujer, necesitados como estaban, la vendió a un hombre rico del pueblo navarro de Ablitas. A su regreso el pastor descubrió la trama y apenado por el trato decidió deshacer el negocio.

Cuando el hombre rico fue a buscar la imagen, ésta no se encontraba en el lugar donde la había dejado, por lo que no le cogió el dinero al pobre pastor. Al día siguiente, transitando con su ganado por los sitios habituales, volvió a encontrar la imagen en el mismo sitio de la primera vez, en un hayedo. De ahí el nombre que recibe la Virgen.



El Humilladero de Tarazona,
inicio de la romería del Quililay



Al final de la calle del Crucifijo se encuentra a la derecha el Camino de la Cueva Bayona, próximo al que fuera el fosal árabe de la ciudad. La cueva se llama así porque a principios del siglo XX se alojaron en ella un grupo de zingaros oriundos de dicha ciudad francesa, acompañados de sus osos y monos.

Y es en este lugar donde en una tarde de primavera, allá por el siglo XII, un grupo de muchachos cristianos se hallaba paseando por las inmediaciones, cuando se vieron sorprendidos por la enigmática figura, de una bellísima mora, enjoyada y envuelta en sugerentes sedas. Tras detenerse unos instantes frente a los muchachos y mirándoles fijamente con unos ojos hechizantes se adentro en la cueva desapareciendo. Los muchachos aleccionados por sus padres de lo maléfico y siniestro de la caverna permanecieron inmóviles.

Muy intrigados por lo sucedido, volvieron al mismo lugar varios días sucesivos, repitiéndose la escena, una y otra vez.

Un día, cuando la doncella mora detuvo la mirada en el grupo con su sensual imagen, uno de los jóvenes se separó del grupo y fue hacia ella. Ésta le espero con los brazos abiertos y se fundieron en un gran abrazo. Seguidamente se dieron la mano y dando la espalda al resto del grupo se encaminaron a la cueva perdiéndose en su interior.

Nada más se volvió a saber del muchacho. Solamente se sabe que algún tiempo después se encontró una escarapela carmesí, junto a una cruz de plata en un escarpado próximo.





Siguiendo el Camino de la Cueva Bayona se llega al Convento de Nuestra Señora de la Concepción. Fundado en 1542 junto al recinto amurallado, siendo consagrada su iglesia en 1546, único edificio que se conserva del antiguo convento tras el derrumbe acontecido a principios del siglo XX.

El convento se erige cincuenta años después de la muerte de la fundadora de la orden, la portuguesa Sor Beatriz de Sylvia, cosa que carecería de importancia, si no fuera porque dicha religiosa se apareció en esta iglesia ante la incredulidad de las monjas enclaustradas en esta institución. Sor Beatriz de Sylvia, venerada como santa por la iglesia católica, se apareció con una estrella sobre la frente, símbolo de pureza y bondad. No es esta la única aparición sorprendente de la fundadora de la Orden de la Inmaculada Concepción, pues se le atribuyen otras presencias en diferentes conventos concepcionistas.





Rodeando el Convento de Nuestra Señora de la Concepción y siguiendo por la calle de la Laguna y a su vez por la llamada calle Larga se llega a una bocacalle que lleva por nombre la calle del Brujo. No es de extrañar esta nomenclatura pues la proximidad a Trasmoz, lugar de aquelarres y magia negra hace de Tarazona lugar de residencia de numerosos brujas y brujos, según se tiene constancia en los legajos de la justicia inquisitorial, puesto que esto, a su vez, convierte a la ciudad del Queiles en sede del tribunal de la Inquisición en casos de brujería.

De entre las brujas y brujos tarazonenses destacan: Catalina “la milanese” que es acusada y encarcelada, entre otras cosas, por llevar a un hombre por los aires en una noche intempestiva de Ágreda a Tarazona.

Águeda Cisneros vivía en el barrio de Bagales, mujer de cincuenta años que declara ser cristiana. En su juicio declararon treinta testigos lo que demuestra la fama de esta bruja. Es acusada de ligar y desligar personas, de provocar tormentas y pedrisco y de echar mal de ojos que conducían a la muerte, así como de capturar los rayos de sol con la ropa que tendía.

Catalina Bargas, aunque nacida en Calatayud, vivía en Tarazona y fue acusada de realizar hechizos de amor y fabricar extraños brebajes. Se tiene constancia de que uno de ellos estaba compuesto de cucarachas y gusanos de bodega dejados a macerar durante unos días para realizar un emplastro para curar las hemorroides.

Por último, el clérigo Ambrosio Martínez es acusado de tener libros de magia amorosa y formulas para conocer el pensamiento de cualquier persona. Fue calificado de nigromante y de tener un pacto implícito con el demonio. Fue recluso en un convento de su orden.





Al final de la calle del Brujo encontramos la calle de los Siete obispos (el origen de su nombre se debe a esta historia) y al final de ésta, la de la Virgen del Moncayo de la que nace la calle de San Atilano, lugar donde acontecieron los hechos que ahora narramos (aunque es posible que sucedieran en la actual calle de la Judería).

En febrero de 1221, a la edad de trece años, el rey de Aragón, Jaime I “el Conquistador” se une en matrimonio con Leonor de Castilla. Esta unión decretada por la conveniencia de la asociación entre dos estados, nunca fue de su agrado. Y pese a que Leonor había dado a luz un sucesor a la corona, Jaime I en 1229 pedirá al Papa, Gregorio IX, la disolución de su matrimonio alegando consanguinidad, pues ambos eran biznietos de Alfonso VII de Castilla.

Para ello se celebró el Concilio de Tarazona, con la ausencia del rey y la reina, pero con la presencia de siete obispos. Tras las celebraciones eclesiásticas, comenzó una procesión que abría una gran cruz seguida de los siete pontífices y un cardenal francés que portaba la bula papal de anulación del matrimonio real, tras éstos, la nobleza y sus vasallos.

La procesión tomaba ya la calle de San Atilano, el legado papal mostraba de vez en cuando la autorización del Pontífice, cuando el desfile paró repentinamente sin motivo aparente. Un vecino de la calle había levantado un tapial que impedía el paso. El cardenal francés mandó dar media vuelta y tomar otra calle para seguir adelante, cuando una voz atronadora surgió de entre las gentes, era el alcalde de la ciudad de Tarazona:

- ¡Deteneos!, ¡Derribad esta pared para que todos puedan pasar!, ¡A quien dice de ir atrás, Papa, rey o cardenal, en Tarazona, jamás ha de prestarse atención!, ¡Qué sepan aquí y allá que Tarazona no recula, ni en su vida ni en su afán aunque lo mande la bula!



Al comienzo de la calle de San Atilano, encontramos la Plaza de San Miguel, lugar en el que cada 8 de mayo, desde 1913 se celebra la festividad de San Miguel “el tramposo”, llamado así porque esta era la época en la que los agricultores se endeudaban hasta poder pagar con la recogida de la cosecha. La Sociedad Social de San Miguel reparte vino de la tradicional “Tineta” a todos los presentes. El nombre de este evento viene de la tina donde antiguamente se guardaba el vino que se iba a repartir entre los agricultores.

El 29 de septiembre se celebra San Miguel “el mal pagador”, puesto que este era el mes en el que los agricultores pagaban sus deudas contraídas en mayo. Si había habido malas cosechas no todos podían pagar, de ahí el nombre de “mal pagador”.





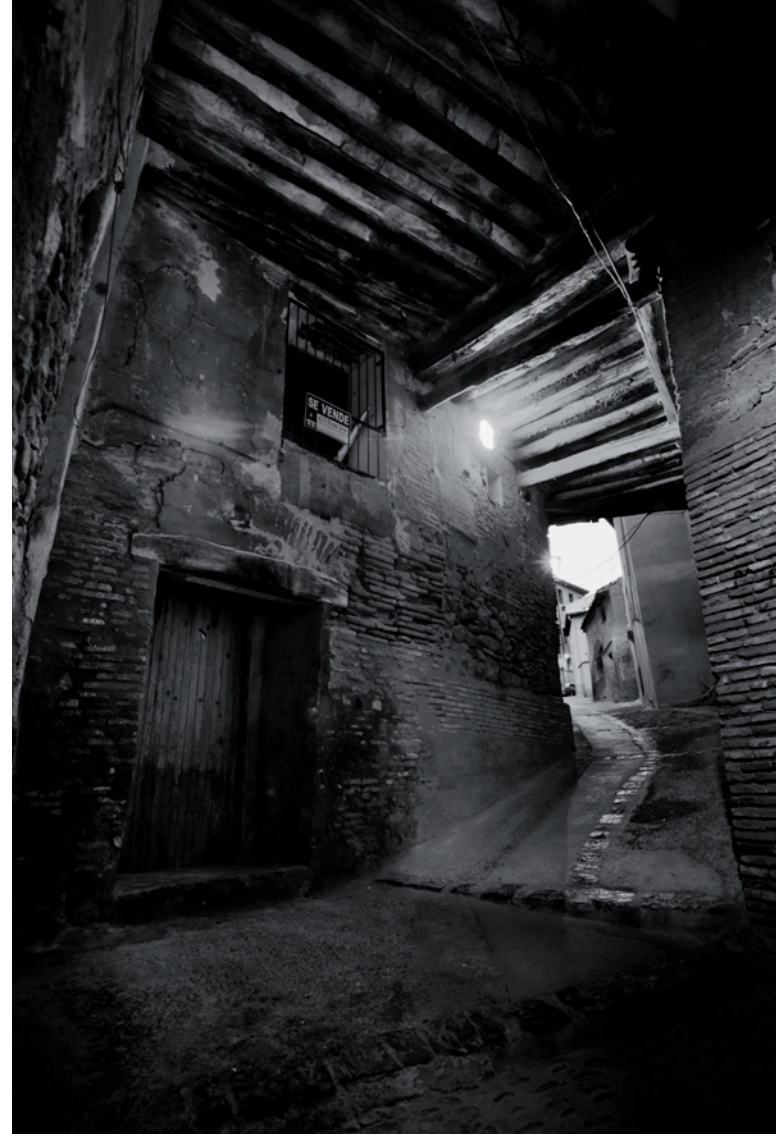
En la misma calle de San Atilano nos encontramos con un fabuloso arco de entrada a la ciudad medieval, apuntado con arquivoltas sobre capiteles de alabastro.

Situada en la frontera entre Aragón y Castilla, Tarazona fue uno de los escenarios principales de la guerra que enfrentó a Pedro IV de Aragón con Pedro I de Castilla entre 1357 y 1366.

Sitiada ya la ciudad por las tropas castellanas, Tarazona todavía tenía esperanza de la llegada de los refuerzos aragoneses, que nunca llegaron. Los castellanos se asentaron en el arrabal asolando todos los edificios que encontraron, convirtiendo la catedral en su cuartel general. El desgaste era fuerte y los castellanos poco a poco iban consumiendo las murallas de Tarazona, si un tiempo robustas y fuertes, ahora endeble y enfermas, pero el coraje de los aragoneses las mantenían en pie. Pero una noche oscura, una noche sin luna, dos moros traidores abrieron los postigos y las trancas dejando abiertas las puertas para el enemigo castellano. Arrasaron todo lo que encontraron, matando a los turiasonenses que sorprendidos intentaron hacerles frente. Los aragoneses heridos de muerte por una traición, quisieron dar con los infieles. Y en el arco se encontró con los felones, al primero nada más cogerle le hundieron una daga en su corazón y el segundo corrió la misma suerte en la cuesta del Gitano.

Desde entonces se conoce a este arco como de la traición, para recordar que en Tarazona quien comete una cobarde felonía, su vida debe dar por perdida.

13





En la calle del Conde se alojó Felipe IV en 1643. El monarca camino de Zaragoza, donde debía ocuparse de un intento de sublevación en Cataluña, decidió pernoctar en casa del noble Don Antonio Muñoz Serrano y Pueyo, caballero de la Orden de Santiago.

En señal de agradecimiento Felipe IV decidió entregarle unas cadenas como privilegio real dado en favor de dicho hombre ilustre, para velar por la autoridad y la honra de las puertas turiasonenses.

Dichas cadenas todavía pueden verse y tocarse en el arco que lleva su nombre (Arco de las Cadenas).





Justo en la confluencia de las calles San Atilano y el Conde, atravessaremos a mano derecha uno de los arcos que compondrían una de las puertas medievales de la ciudad, llegando a una placeta en la que admiramos la fachada del Palacio Episcopal.

En 1386 el obispo turiasonense Pedro Pérez Calvillo adquirió la Zuda del walí musulmán proporcionando a sus sucesores una nueva residencia.

A partir de ese momento, arrancó un ambicioso proceso constructivo que no sería finiquitado hasta mediados del siglo XVI, cuando se mandó edificar la cara del edificio que mira al río Queiles, que se eleva sobre la peña, sostenida por unos imponentes arcos de ladrillo.

Andaba el año 1488, época en la familia de los obispos vivían con estos en las casas episcopales, cuando un hermano del prelado Don Andrés Martínez recibió la visita de un funcionario de la Justicia del Reino. Entre el hermano del obispo y este empleado del gobierno comenzó una discusión que llegó a las manos. De tal manera, que en un momento dado de la misma, el hermano empujó a dicho funcionario hacia una ventana de la estancia cayendo al vacío, y muriendo en el acto.

Pese al intento de fuga, el hermano del prelado fue prendido y siendo juzgado, fue culpado de asesinato, pagando con la pena capital.

Se montó en la Plaza del Mercado un armazón de madera y el verdugo le cortó la cabeza de un tajo ante los vítores de la gente. La cabeza no cayó al cesto preparado para la ocasión, sino que fue rodando por el empedrado de la plaza y cuando por fin ésta paró, la cabeza del decapitado exclamó fuerte: *“¡Credo, credo, credo!”* Siendo de esta manera absuelto de todas sus faltas.



Asesinato en el Palacio Episcopal



Bajando por la Rúa alta de Bécquer se accede a la Calle de los Aires y posteriormente a la Calle de la Judería.

La presencia judía en la ciudad del Queiles se remonta al bajo imperio romano y se sabe que Alfonso I en 1123 concederá derechos a esta minoría. Entre sus figuras sobresalientes destaca en el siglo XIII Moshé de Portella y en el siglo XIV Shem Tov ben Isaac Shaprut.

Moshé de Portella fue un rico comerciante que ocupará en 1276 cargos oficiales en la ciudad y luego en el Gobierno del rey. Siendo nombrado poco después “baile” (magistrado) de varias ciudades y recaudador de grandes zonas de Aragón, termina convirtiéndose en uno de los hombres más ricos del Reino de Aragón. Pero las envidias hacen que sea procesado sin motivo aparente; apareciendo poco después asesinado en extrañas circunstancias. Su fortuna fue requisada por Alfonso II para iniciar la conquista de Menorca.

Por su parte, Shem Tob ben Isaac Shaprut, aunque nacido en Tudela (Navarra), tuvo que venir a Tarazona a raíz de la controversia judeo-cristiana mantenida con Pedro de Luna, quien sería más tarde el único Papa aragonés de la historia, Benedicto XIII. Shem Tov ejerció la medicina en la ciudad del Queiles, traduciendo tratados médicos de Averroes al latín.

La tolerancia se rompe con la implantación de la Inquisición en 1484 y el decreto de expulsión de los judíos en 1492. Aproximadamente la mitad de los judíos opta por la conversión al cristianismo, mientras que el resto emigra a las tierras cercanas de Navarra.

El encanto de sus callizos sefardíes todavía se puede disfrutar en Tarazona. Las edificaciones hechas con ladrillo son enlucidas con cal o azulete. Señala Miguel Ángel Motis en la Guía de la judería de Tarazona que “el tratado Baba Batra establece que si uno edifica un muro frente a las ventanas de su prójimo ha de guardar siempre cuatro codos para que no pueda fisgonear y no le prive la luz”. Si extendemos los brazos en el callizo de la Calle de la Judería comprobaremos tal hecho.



El Barrio judío turiasonense





Siguiendo la calle del Conde se llega a la calle Mayor, que nos llevará girando a la derecha a la Plaza del Mercado, que alberga la casa consistorial de la ciudad.

El Ayuntamiento de Tarazona fue construido sobre la muralla entre los años 1557 y 1563, para cumplir la función de Lonja. Sin embargo, a mediados del siglo XVII el edificio de la Lonja pasó a ser utilizado como Casa Consistorial propiamente dicha.

La fachada escultórica la convierte en una joya artística. En ella podemos distinguir un largo friso que representa la coronación de Carlos V como emperador del Sacro Imperio Germano. Observamos también la representación alegórica de la sabiduría y la justicia y por supuesto destacan tres grandes figuras, que representan a Caco, Hércules y Tubalcaín (o bien Pierres o Sansón), puesto que los tres según la leyenda guardan relación con la historia de la ciudad. “Tubalcaín me aedificavit, Hércules me reaedificavit”, reza en el escudo de la ciudad.

Encontramos muchas versiones de esta leyenda. Una de ellas es la siguiente. En una cueva habitaba el gigante Caco, de ahí el nombre del Moncayo, es decir Mons Caius o Monte de Caco. Hércules sabiendo de su existencia quiso conocerle para medir sus fuerzas. Ambos decidieron hacerlo cazando. Caco desgarró fieramente una vaca y Hércules luchó bravamente con un león hasta matarlo. Los dos demostraron su fuerza y sellaron su amistad. Camino de Tarazona, yendo con sus trofeos al hombro, se encontraron con otro gigante, Tubalcaín, que no quiso ser menos y para mostrar su fortaleza arrancó un haya y la utilizó de bastón.

Toda esta historia quedó reflejada en piedra para que perdurará en el tiempo.





Esta figura encapuchada, vestida a rayas horizontales rojas, amarillas y verdes, emblema turiasonense hoy en día, data según las crónicas del siglo XVIII. El historiador turiasonense, Javier Bona señaló que su origen parece estar en que para que los niños no entorpecieran los oficios religiosos del Corpus, salía este mojigato o bufón, encorriéndolos y de esta forma los entretenía. Le llamaban “Pellexo de gato” puesto que golpeaba con una vejiga de gato, pasando posteriormente a la denominación de Cipotegato. Dependía económicamente, en un principio, del Cabildo Catedralicio y con el paso del tiempo sería el ayuntamiento el que se ocuparía del acto, por lo que pasaría a celebrarse el 27 de agosto, día de San Atilano.

Desde el final de la Guerra Civil la tradición cambia, y desde entonces, una lluvia de tomates busca hacer diana sobre la figura tricolor, dando inicio a las fiestas de Tarazona, convirtiéndose en una de las tradiciones más queridas y prestigiosas de todo Aragón.





Sin abandonar la Plaza del Mercado y observando la quinta teja del tejado del consistorio desde su parte derecha, que es diferente al resto, por su nueva colocación, relataremos una nueva leyenda.

Un apuesto hidalgo deseoso de poseer a su futura dama antes de nupcias, accedió a la condición impuesta por ésta.

- “Sabedor eres, le dijo su amada, que yo como tú ardo en deseos de yacer contigo y lanzarnos al juego placentero de la carne. Pero antes, debo estar segura de que tus intenciones son buenas y que me desposarás pese a entregarte mi virginidad antes de nuestra boda. Por ello debo pedirte un cometido que demuestre tu valentía y a la vez tu bondad religiosa.

Como bien sabes mi madre ha superado una grave enfermedad, gracias a la milagrosa asistencia de San Gaudioso. Mi deseo es agradecerle al bienaventurado santo las bondades concedidas colocando una teja en la Fuente de la Teja del Moncayo para que fluya el agua y pueda servir de deleite de todos. La teja que he elegido para tal obra es la quinta del alero de la Lonja.

Sube, entrégamela y seré tuya en cuerpo y alma.”

El hidalgo participe del interés de su amada y conociendo el premio, pese a la dificultad de la empresa, contestó:

- “Mañana mismo, querida amada, la quinta teja estará en tus manos y en las mías tu cuerpo.”

Solo las figuras de la fachada del consistorio saben como el hidalgo se las ingenió para conseguir esa quinta teja.

19





Bajando por el “Pasage” del Comercio llegamos a la Iglesia de la Merced. Los frailes mercedarios están presentes en Tarazona desde la fundación de la Orden, siendo en el siglo XVII cuando se construiría el Convento en solares donados por el Concejo de la ciudad. Al abrir los cimientos para la construcción del convento se localizaron unos esqueletos de unos cuatro metros de altura. Quién sabe si serían los restos de Caco, Hércules o Pierres, o vulgares megaterios. Lo cierto es que dichos huesos debieron acabar en las colecciones del mecenas Juan de Lastanosa, pero eso es otra historia.

La venerada imagen del Cristo del Rebate, sale en procesión cada Martes Santo con la Cofradía del Silencio, roto éste, por un solo tambor y las cornetas. El Cristo se encuentra en la Iglesia de la Merced desde 1582, año en que se produjo el siguiente hecho singular.

Este Cristo era el titular de una ermita que se levantaba en las cercanías de lo que hoy es el Convento de Carmelitas de Santa Ana, cerca de la Catedral, antes ya de 1335.

Pero ese año señalado de 1582 la venerable imagen desapareció, siendo encontrada poco después por unos niños debajo de un puente de la acequia cercana, por lo que desde entonces se le llama a aquel lugar “Puente Cristo”. Al parecer la imagen había sido centro de la burla e ira de un grupo de infieles árabes.

El entusiasmo y devoción popular originada por el hallazgo de la venerada imagen dieron motivo para que fuese creada una numerosa Cofradía formada por pelaires, oficio que consistía en cardar, tundir y tejer la lana, siendo de los más antiguos de Aragón, recibiendo privilegios ya en el siglo XIII de Jaime I.

20





En la calle que ahora lleva el nombre de Baltasar Gracián, detrás de la Iglesia de la Merced, encontramos el ex-Colegio de los Padres Jesuitas, con su iglesia dedicada a San Vicente Mártir que data de mediados del siglo XVII. Aquí pasará sus últimos días el padre de la prosa conceptista, Baltasar Gracián y Morales.

Gracián nace en Belmonte, cerca de Calatayud en 1601, ingresando como noviciado en los jesuitas con dieciocho años. Profesor de letras y teología en Calatayud y Lérida y catedrático de Filosofía en Gandía. En 1636, de nuevo en Aragón, entabla amistad con su mecenas, Juan de Lastanosa. Nombrado vicerrector de la Universidad de Tarragona. Ejerció por un tiempo de secretario de Felipe IV, tras lo cual fue enviado, en parte como castigo de la Compañía por sus ideas y escritos, a combatir contra los franceses en el sitio de Lérida (1646), donde fue conocido como “el Padre de la Victoria”. Su obra más conocida El Criticón (1651) le trajo problemas con su orden y la tercera parte de esta obra, aparecida en 1657, hizo que le desterraran a Graus. Una vez rehabilitado se instaló en Tarazona, falleciendo el 6 de diciembre de 1658.

Se tienen pocas noticias de su estancia en Tarazona. Jorge Ayala señala en su artículo Vida de Baltasar Gracián:

“Dos documentos hallados por Batllori ratifican que Gracián falleció en Tarazona. En uno se lee que Gracián queda excusado de asistir a la Congregación provincial que iba a celebrarse en Calatayud, por motivos de salud.... El otro, muy lacónico, da cuenta del día y del lugar de su fallecimiento: 1658. El padre Bartolomé (subrayado y corregido encima) Baltasar Gracián, muerto en Tarazona, en Aragón, el día 6 de diciembre”.

Lo más probable es que Baltasar Gracián fuera enterrado en la fosa de los difuntos de la comunidad jesuita que estaría en la cripta de la iglesia.

Su orden pareció querer castigarle con el olvido. Lo curioso es, que cuatro siglos después, la obra del escritor del barroco aragonés es estudiada por miles de estudiantes en los institutos y universidades, y convertida en best seller por los empresarios japoneses y alemanes.



Felipe II visitó Tarazona el 30 de noviembre de 1592, para presidir las cortes que se iban a celebrar en la ciudad.

Criado Mainar señala en su estudio “La entrada triunfal de Felipe II en Tarazona (Zaragoza) de 1592” que al llegar el monarca a la ciudad, salió de su carruaje y montó en un caballo blanco, atravesando un arco triunfal, que se había erigido para tal efecto, que recordaba a la portada mayor de la catedral, de colores blanco y negro. La portada estaba realizada con madera, yeso y cartón aparentando ser piedra.

Estaba adornado con las figuras de San Prudencio, San Gaudioso que habían sido obispos de esta ciudad, San Millán y San Atilano, patrón de la ciudad del Queiles, sobre las barras de Aragón, el árbol de Sobrarbe y cuatro cabezas de moros. Además figuraba la imagen de Hércules y Tubalcain, haciendo referencia a la tradicional creencia: “Tubalcain me aedificavit. Hércules me reaedificavit”, que aparece en el propio escudo de la ciudad.

En el friso del arco se podía leer: “Philippo secundo hispaniarum regi potentissimo clementissimo religiosissimo senatus populusque Turyasonensis dicavit”.

Felipe II se dirigió en su corcel blanco hasta la catedral para orar el tradicional Te Deum.

Finalizadas las cortes, Felipe II ordenó derruir una parte de la muralla que protegía la ciudad para abandonar la ciudad en su camino a Castilla, junto a la denominada Torre del Rey y antes conocida como Anyasil, cerca del Convento de la Concepción en el barrio de “el Cinto”. Este mandato real parecía simbolizar los efectos promulgados en dichas cortes: el rey tenía ahora el derecho a nombrar a un virrey no aragonés; la Corona podía retirar de su puesto al Justicia de Aragón (en 1591 el monarca había ejecutado al Justicia Mayor de Aragón, Juan V de Lanuza) y se modificaron aspectos del sistema legal aragonés.

En definitiva, Felipe II ni respetó las instituciones, ni los privilegios de los aragoneses, ni tampoco la muralla turiasonense.





El arco triunfal de entrada de Felipe II en Tarazona



Al final de la calle de Tudela, girando a la izquierda, encontramos la calle del Teatro. Llamada así por albergar desde 1664 el Corral de comedias de la ciudad.

Tarazona carecía de un lugar apropiado para representar las obras teatrales y las veces que los comediantes se acercaban a la ciudad, estos debían representar sus comedias en lugares poco propicios y decentes, donde hombres y mujeres estaban mezclados. Sabido es que los corrales de la época delimitaban el espacio para ambos sexos.

Por ello, se decidió la construcción de un corral aprovechando el abandono del granero de la Almehora, para su mejor ubicación.

Se representaron obras hasta febrero de 1918, fecha en la cual el Ayuntamiento decidió prohibir cualquier representación.

El 26 de agosto de 1921 se inauguró el nuevo teatro de Tarazona, el Teatro de Bellas Artes.





El Corral de comedias de la Almedora



Al final de la calle Teatro se llega a la plaza Almeyda, la primera bocacalle a la izquierda es la calle de las Posadas.

Gustavo Adolfo Bécquer muere en diciembre de 1870 siendo la mayoría de su obra publicada póstumamente, comenzando en ese momento a florecer un mito literario. Pero su obra aparece censurada, rechazando poemas que hicieran referencia a su enfermedad. Pero Franz Schneider en 1914 da a conocer un manuscrito de Bécquer “El libro de los gorriones”, donde aparece esta rima LV:

“...Una mujer me ha envenenado el alma,
otra mujer me ha envenenado el cuerpo;
ninguna de las dos vino a buscarme,
yo de ninguna de las dos me quejo...”

Bécquer contrajo, probablemente, la sífilis, enfermedad venérea vinculada a la prostitución.

A finales de 1863 Bécquer, con su hermano y sus hijos se instalan en unas celdas del Monasterio de Veruela, hasta el otoño de 1864. La intención es recuperar la salud, puesto que en la época recomendaban reposo y aire puro para tratar la sífilis, así como mercurio. Pero los dos hermanos trabajan durante esta temporada muchísimo, el uno en sus pinturas y el otro en las Leyendas y en la obra Cartas desde mi celda que envía al periódico El Contemporáneo.

Bécquer visita Tarazona en numerosas ocasiones y recientes estudios han dejado entrever que se alojaba en la actual calle de las Posadas (todavía se especula con la posibilidad de que sea en Rúa Alta, a la que se ha dado su nombre).

La Carta V hace referencia a Tarazona:

“Queridos amigos,

Entre los muchos sitios pintorescos y llenos de carácter que se encuentran en la antigua ciudad de Tarazona, la plaza del Mercado es, sin duda alguna, el más original y digno de estudio. Parece que no ha pasado para ella el tiempo, que todo lo destruye o altera. Al encontrarse en mitad de aquel espacio de forma irregular y cerrado por lienzos de edificios a cuál más caprichosos y vetustos, nadie diría que nos hallamos en pleno siglo XIX, siglo amante de la novedad por excelencia, siglo aficionado hasta la exageración a lo flamante, lo limpio y lo uniforme. Hay cosas que son más para vistas que para trasladadas al lienzo, siquiera el que lo intente sea un artista consumado, y esta plaza es una de ellas. A donde no alcanza, pues, ni la paleta del pintor con sus infinitos recursos, ¿cómo podrá llegar mi pluma sin más medios que la palabra...?”

Bécquer muere en Madrid el 22 de diciembre de 1870, sus últimas palabras fueron: “*Todo mortal*”, mientras, a esa hora, en su ciudad natal, Sevilla, se producía un eclipse solar. El propio sol lamentaba su muerte.

“...¿Quién, en fin, al otro día, cuando el sol vuelva a brillar, de que pasé por el mundo, quién se acordará?” (Rima LXI)

Bécquer se ha convertido en uno de los poetas más reconocidos universalmente, probablemente, exceptuando a Cervantes, el escritor español más leído en todo el mundo.



Bécquer, el poeta inmortal



Entre la calle de Caldenogueva y el camino de Mataperros se ubicaba el fosar judío (visible desde la calle de la Posada).

Sabida es, como ya hemos reflejado en esta obra, la relevancia del pueblo judío en Tarazona. El cementerio judío, siguiendo los cánones hebreos, se localizaba extramuros, ya que éste transmite impureza.

El cuidado del cadáver, la preparación del cuerpo y el entierro en sí, son tareas religiosas de carácter sagrado. Los judíos organizaban una sociedad sagrada, responsabilizándose de que un médico certificará la defunción y de que una persona permaneciese con el cuerpo hasta que se le diese sepultura, ya que de acuerdo con la tradición judía, éste no debía abandonarse hasta que se realizará el funeral. El cuerpo debía enterrarse lo más pronto posible para cumplir con el precepto bíblico, de que el cadáver no pasara la noche sin enterrarlo.

Los funerales eran muy sencillos para no avergonzar a las personas humildes. Las flores y la música son signo de alegría y no se utilizaban en un funeral. El ataúd era de madera, sin adornos, para enfatizar la idea de la igualdad ante la muerte y todos los cuerpos se amortajaban con un sudario de algodón blanco. Durante siete días se encendían velas para ayudar al alma en su viaje al cielo. Se colocaba una lápida entre los treinta días después del fallecimiento y los once meses siguientes.

En las sucesivas visitas al cementerio, se llevaban piedras que se depositaban sobre la tumba, para dejar testimonio de que se honraba la memoria del fallecido.





Cuenta la tradición que en el año 1214, el mismísimo San Francisco de Asís, a su regreso de su peregrinar a Santiago entra en Tarazona hospedándose en una pequeña ermita en honor a San Martín, restos de un convento benedictino.

Es a partir de esa ermita donde con la venia del obispo turiasonense funda un pobrísimo convento, siendo el primer religioso de éste un noble del linaje de Vierlas que toma el hábito de las manos de San Francisco.

Al ser canonizado el santo italiano, en el año 1228, dos años después de su muerte, por el Papa Gregorio IX, el convento pasa a llevar el nombre de San Francisco.





Plaza de San Francisco

- AYALA, Jorge M., “Vida de Baltasar Gracián” en Baltasar Gracián: Estado de la cuestión y nuevas perspectivas, Coord. Aurora Egido y María Carmen Marín Zaragoza, Institución Fernando “El Católico”, 2001, págs. 13-32.
- AZAGRA MURILLO, Víctor, “La fuente del beso”, en Heraldo de Aragón (14/XII/1982).
- CEBRIÁN GONZÁLEZ, Carlos, Aragón leyendas y prodigios. Zaragoza, Asoce D.L., 1998, págs 363-369.
- CRIADO MAINAR, Jesús, “Arte efímero, Historia local y política. La entrada triunfal de Felipe II en Tarazona (Zaragoza) de 1592.” en Monográfico: Arte efímero. Metodología y fuentes. Artígrama. Número 19. Zaragoza, 2004, págs 15-38. <http://www.unizar.es/artigrama/pdf/19/monografico/monografico.pdf>
- DOMÍNGUEZ LASIERRA, Juan, Aragón legendario, Zaragoza, Delsan-Clásicos, 2009.
- GARI, Ángel, La brujería por Aragón, Actas del I Congreso de Aragón de etnología y antropología, Tarazona, Borja, Veruela, Trasmoz, Institución Fernando “El Católico”, publicación número 812, págs. 34-35
- MIRANDA, Roberto, La catedral de Tarazona. Un templo reinventado desde la historia, Zaragoza, Prensa diaria aragonesa, 2011.
- MONTANER FRUTOS, Alberto, “La fijación de las armas de Tarazona” en Varia Historia. Versión digital: http://unizar.academia.edu/AlbertoMontaner/Papers/659482/La_fijacion_de_las_armas_de_Tarazona

- MORENO LAPEÑA, José Luis, De Tarazona y el Moncayo, relatos y romances (A caballo entre la leyenda y la historia), Zaragoza, 2003.
- MORENO LAPEÑA, José Luis, La memoria, el arte y la cultura en Tarazona - Guía (Patrimonio Histórico Artístico), Zaragoza, Moreno Twose, D. L., 2001.
- MORENO LAPEÑA, José Luis, Tarazona y su comarca II-III (Anotaciones sobre la Historia de Tarazona), Zaragoza, Moreno Twose, D. L., 1999.
- MOTIS, Miguel Ángel, Guía de la judería de Tarazona, Aragón espacio sefardí, Coord. Javier Bona, Zaragoza, 2002.
- PALACÍN ZUERAS, M^a. Cruz, Leyendas y relatos aragoneses. Huesca, Graf. Alós, 1999.
- PÉREZ URTUBIA, Teófilo, “La cueva Bayona”, Heraldo de Aragón, (10/X/1978).
- VV. AA., Las aguas sagradas del municipium Turiaso, Zaragoza, Institución Fernando “El Católico”, 2004.
- Tarazona.mforos.com, “Relatos, cuentos y leyendas urbanas”.
- www.aragonfm.org
- www.enciclopedia-aragonesa.com
- www.tarazonamonumental.es

Para más información sobre bares, restaurantes comercio, hoteles, actividades, turismo rural, turismo activo, museos, etc...

visite: <http://www.turismotarazonayelmoncayo.es>